COLABORADORES DEL SOCIALISMO

Muchos adversarios del socialismo son defensores de una tasa fuertemente progresiva, en la cual consiste el «programa socialista mínimo», presagiando que dentro de cincuenta años estará en vigor en todos los Estados civilizados; ó bien defienden la necesidad de un impuesto proporcional sobre la sucesión directa, en ventaja exclusiva de las clases trabajadoras: contribución que constituirá una especie de derecho sucesorio para todos aquellos que no tienen ninguna herencia que esperar, haciendo en general obligatorio á los ricos lo que ahora no es más que espontáneo acto de caridad de alguno que otro.

Otros dicen, como Richet:—Nosotros no creemos en el socialismo, pero prevemos que por efecto de la progresiva inevitable disminución del valor del capital (producida por un conjunto de cosas) llegará un

día en que serán casi suprimidos los capitalistas; porque para tener una renta correspondiente á la ganancia acrecentada del trabajador, se necesitará un capital tan enorme, que será escasísimo el número de los que puedan vivir sin trabajar.

Dicen otros, como Secrétan:—Nosotros no somos socialistas, pero pensamos que las asociaciones obreras se desenvuelven de tal modo, que reuniéndolas todas en una vasta asociación nacional, se estará en situación de rescatar de los capitalistas, todos los medios necesarios para organizar un sistema que consienta repartir más amplia y más equitativamente entre todas las clases trabajadoras, la suma de las riquezas sociales.

Dicen muchos otros, como Nitti:—Nosotros no tenemos fe en las ideas socialistas, pero estamos persuadidos de que extendiéndose la organización y la educación de las clases trabajadoras; llegando á ser más mecánica la industria; participando directamente del poder, como es justo y necesario, el pueblo trabajador ó clase obrera, la función de la burguesia quedará con el tiempo reducida casi á *cero*.

Otros muchos, enemigos irreconciliables

del socialismo (ejemplo, Spencer), admiten como cosa posible que el tipo social industrial, «quizás con el desenvolvimiento de la organización cooperativa, la cual cambia teóricamente la distinción entre el obrero y el amo», ha de producir en lo futuro un orden político y económico, en el cual no existan ya los intereses opuestos de clases.

Otros muchos, como Sonnino en su libro sobre Sicilia, dicen:—Nosotros negamos las luchas de clase—(naturalmente), — pero reconocemos que nuestras actuales instituciones libres, están ordenadas de un modo apropiado para perpetuar el imperio de un estado de cosas inhumano é inicuo; que ellas no son sino armas puestas en manos de una clase para que pueda seguir viviendo á expensas de otra, y que es preciso hacer de manera que esto cese, ó lo que es lo mismo, «que el aumento de la riqueza vaya en beneficio de las condiciones generales del trabajador, en vez de dirigirse todo, bajo forma de renta, á los bolsillos de los propietarios.»

Nosotros no somos socialistas, dicen otros, como Pedro Ellero, pero queremos que el trabajo tenga una legislación propia que le liberte de las formas serviles en que lo dejó el derecho romano; y que los opera-

rios gocen de una absoluta libertad de asociación, de contratos y de lucha; queremos instituciones que les faciliten de todas suertes los instrumentos y las materias del trabajo, para la consecución del capital.

Dicen otros, como el Cardenal Manning:—Nosotros no aceptamos el socialismo, pero queremos la intervención *diuturna* del Estado en las relaciones entre el capital y el trabajo; queremos la reorganización internacional del trabajo y la fijación de las horas y de los salarios mínimos; y no queremos que continúe la acumulación de la riqueza en provecho exclusivo de ciertas clases y de ciertos individuos, «porque es cosa injusta é inmoral, que conduce á la gangrena del consorcio civil y público».

Dicen otros, como los conservadores del género de Meyer en Alemania:—Creemos nosotros también una utopia el socialismo; pero queremos que sean tasados de una manera fuerte todos los provechos de la industria y de la Banca, limitando el interés de todo capital, no avalorado por su mismo propietario; obligando el Estado á los industriales á construir casas para obreros, y á mejorar la condición de éstos bajo todos respectos, por medio de leyes severas.

Otros, defensores del principio de propiedad bajo otra forma distinta, defienden, como muchos en Inglaterra, la nacionalización del suelo, ó dicen con James Mill:—Nosotros no estamos por el socialismo; pero queremos que vuelva en provecho del Estado por medio del impuesto, aquel plusvalor de la tierra, ó al menos una gran parte de él, que es consecuencia natural del crecimiento de la población y de la riqueza, sin el concurso de esfuerzo alguno ó de gasto alguno del posesor.

Otros, rechazan el socialismo; pero proclaman la utilidad de convertir en servicios públicos la mayor parte de los que están hoy encomendados á la especulación privada; y defienden con Chamberlain que el gobierno municipal es el mejor instrumento de reformas sociales, y que su misión debe ser acumular la riqueza del procomún y dedicarla á atender á las necesidades de los ciudadanos menos afortunados, y ejercer como la dirección de una gran sociedad cooperativa, en la cual cada ciudadano vecino venga á ser como un accionista.

Otros dicen, como Molinari, Director del *Journal des Économistes:*—Nosotros creemos absurdo el socialismo, pero estamos

obligados á reconocer que, en vista del gran cambio por él operado, *están contados los días de la agricultura individual;* y cuál sea esa gran mudanza que Molinari no determina, lo señalan otros como Zangtar, que después de haber estudiado la propiedad colectiva de Hungría, dice:—Nosotros no somos socialistas, pero ¿quién sabe si el comunismo inconsciente de los pueblos niños no es aquella forma natural de la producción, que, puesta en práctica conscientemente, será llamada á traernos la madurez del progreso, los días felices de la infancia sin las tempestades que á éstos acompañaron?

Otros, combatiendo el socialismo, dicen, como el Ministro Barazzuolli, que es preciso extender la propiedad al mayor número posible de aldeanos: porque el aldeano que no posee, no será jamás otra cosa que un *siervo de la gleba*. Y cómo se pueda poner de acuerdo esto de la propiedad territorial con la agricultura individual pronosticada por Molinari, que es otra clase de economista que el Ministro, que lo diga quien tenga ingenio más agudo que el nuestro.

Otros enemigos del socialismo, como Víctor Bersezio, ponen, sin embargo, ante

todas sus declaraciones la máxima de que la tierra debe ser de quien la trabaja.

Otros rechazan el programa socialista, pero censuran la idea de *la nación armada*.

Otros, como la mayor parte de los socios de la *Liga de la Paz*, dicen:—No somos socialistas, mas creemos en la federación de los pueblos y en la paz universal.

Otros como Clémenceau: — No somos socialistas, pero queremos establecer el derecho á la vida.

Otros:—No somos socialistas, mas queremos asegurar á todos los trabajadores la vejez.

Y otros todavía: —No somos socialistas, pero queremos hacer iguales los derechos de la mujer y los del hombre.

No somos socialistas, pero queremos la justicia gratuíta; pero queremos el mantenimiento de los niños pobres, sin cuya manutención, la enseñanza obligatoria es una teoría y una mentira... Y se podrían citar infinidad de aseveraciones semejantes, las cuales nos demuestran la verdad de aquella sentencia que recordó hace poco Carlos Wagner á los estudiantes de las Universidades francesas: «El adversario, es un colaborador.»

Con efecto, poned juntas todas las afirmaciones, las tendencias, las esperanzas de las sinceras personas citadas más arriba, para cada una de las cuales el socialismo es una utopia, y ved si suponiendo que unas se lleven á cabo y otras se propongan para realizarlas, no nos conducen entre todas necesariamente á la realización completa de la idea socialista. Ved si en el centro al cual todas estas líneas ideales convergen, puede existir otra cosa que el mismo socialismo. Todos estos adversarios nos hacen el efecto de otras tantas personas que llevan inconscientemente una piedra para la construcción de un edificio, que dicen es imposible construir.

Ellos no pueden concebir una reforma, una idea de progreso y de mejora social, la cual no sea un argumento que indirectamente nos confirme en nuestra convicción; que no sea un involuntario impulso, un movimiento de nuestras ideas, una prueba más de que no es posible avanzar sino por el camino por el cual nosotros les precedemos, y que para no ser arrastrados al socialismo, no tienen mas que dos medios lógicos: ó permanecer inmóviles ó retroceder.

Pero el permanecer inmóviles es, por

fuerza de una ley social tan invencible como una ley natural, imposible; y el retroceder, parece á aquellos mismos que quisieran hacerlo, una cosa hasta más temeraria y funesta que ir hacia adelante.

Espontáneos ú obligados, dándose ó no cuenta de ello, son, por tanto, unos y otros, en distintas medidas, pero todos, nuestros colaboradores. Progresistas atrevidos ó cautos y conservadores tenaces, retrógrados de corazón, si no de hecho, todos nuestros adversarios se encuentran, respecto al socialismo, en la condición de aquellos ciudadanos de Nueva York que van por las «calles girantes». Pueden los unos adelantarse, los otros quedarse atrás; otros caminar en dirección opuesta al movimiento del puente que los sostiene, pero todos son arrastrados irresistiblemente hacia aquella parte adonde la calle misma se dirige.

Y esta verdad está comprobada ahora hasta por aquella parte más inculta y más apática del pueblo trabajador. No es un socialista italiano quien lo dice, sino un francés legitimista, conservador, quien lo asegura: —«Alrededor del lecho de púrpura y de estiércol sobre el cual muere esta sociedad en descomposición, el pueblo espera; bien